

tos el título de mis libros, la ocasión de conocer y ver de cerca á celebridades que tan difícilmente encuentra un extraño en el torbellino de París: Renán, Alejandro Dumas, Flammarión, Coppée, Severine — y cuenta que ya en estos últimos tiempos se había reducido mucho el círculo que frecuentaba el anchuroso piso del boulevard Poissonniere, donde abría la señora Rattazzi sus salones.

¿Por qué se despuebla un salón? Mil causas lo explican, siendo el éxito de un salón de las cosas más transitorias; pero en este caso, algunas razones plausibles se aducían desde luego. En primer término, sin duda, hay que contar la decadencia física de María Leticia Rattazzi, en otros tiempos, no muy lejanos relativamente, incluida en el catálogo de las *professional beauties* del mundo. El adorable cuerpo y rostro de aquella mujer no habían decaído de esa manera lenta y mansa que se parece á la invasión del otoño en un paisaje estival, y á la suave y melancólica substitución del otoño por un invierno frío, pero no agrio ni tempestuoso. — Habían decaído de pronto, arruinándose de una vez; incurable la sordera, vuelta ceguera casi total la miopía, ausente el cabello, arrugada la piel, deshecho el precioso edificio de un golpe. La sordera y la cortedad de vista robaron el encanto de la conversación, esa frescura del ingenio que desafia á los años, y así, alrededor de la que tuvo á sus pies dos generaciones, se formó, natural y sencillamente, el vacío, un vacío que disimulaban mal el constante ir y venir de la gente, y que agrandaba la muerte arrebatando implacable á las personas de aquel círculo ilustre de Aie les Bains...

* *

Cuando yo vi de cerca á la señora Rattazzi, ya estaba consumada la destrucción de su beldad, y sólo se mantenía eso que llamamos *el aire*, las líneas del cuerpo, el modo de andar, la curva de los hombros, muy semejante, dicen, á la de otras princesas de la casa de Bonaparte. Aún no la habían despojado, los que ella con gracia llamaba «sus ladrones de cámara», sino de una parte de sus regias joyas. A pesar del escarmiento de los dos primeros atentados — el de París, de resonancia europea, — el descuido y abandono con que aquellas joyas tan ricas se custodiaban, eran para alarmar á los prudentes. Algunas de las más bellas, artísticamente hablando, estaban en una vitrina de cristales, en el piso bajo de un hotel de la Castellana, en sitio bien solitario de noche y con ventanas que no defendía ninguna reja. La puerta del hotel solía dejarse abierta por costumbre, y realmente los ladrones de cámara fueron asaz considerados en no arramblar con todo hasta que se ausentó la propietaria, dejando allí objetos de tan alto valor y tan tentadores.

He perdido la cuenta de las veces que fué desbajado el guardajoyas de María Leticia; pero es lo cierto que después de tanto saqueo, aún le quedaron prendas muy notables, verbigracia, el famoso collar de los brillantes de color, las grandes calabazas negras de las orejas, un aderezo de turquesas magníficas, y el servicio de oro, de tocador, con las armas imperiales. — Y ya que hablo de joyería, recuerdo el hecho de que cuando la Rattazzi se presentó en Madrid por primera vez exhibiendo sus pederías, hubo quien las juzgó falsas; y habiéndolo sabido la dueña, las envió á casa de Ansorena para que las limpiase, obteniendo así indiscutible testimonio de que no eran sino buenas y legítimas.

La cortedad de vista fué causa de que, sin mediar cacos, perdiese la Rattazzi muchos objetos de valor, entre otros los impertinentes cuajados de brillantes, regalo de Víctor Manuel I. Y no sé en virtud de qué talismán no perdería el raro y artístico sello de oro con una gruesa madreperla, dádiva de la reina Isabel II. Lo vi rodar sobre las mesas de la redacción de la *Matinée*, y me sorprendió agradablemente que el conde de Solms, hijo de la nombrada escritora, me asegurase haberle recogido después de la muerte de su madre.

* *

En encajes, porcelanas, abanicos, autógrafos, podrían quedar un caudal á los herederos de la señora Rattazzi. De testas coronadas y de eminencias literarias y políticas, poseía esta señora mazos y mazos de cartas, verdaderos tesoros para la historia y para la crítica. Creo que vendió bastantes; al menos se lo he oído decir. Muchas debieron de sufrir extravío, ó desaparecer sin fruto para nadie. Daba pena considerar lo que pudo ser el archivo de una dama que intervino en tantos sucesos y se relacionó con tanto y tanto personaje, si el vértigo de una vida de con-

tinuos viajes y continua sociabilidad le hubiese permitido conservar y ordenar los manuscritos dispersos ó inutilizados.

* *

De las obras de arte reunidas en sus residencias, algunas gozan fama universal. Citaré el retrato conocido por *Retrato del guante*, admirable lienzo firmado por Corolus Durán, y que representa á la Rattazzi en el ocaso todavía espléndido de su hermosura, sonriente, enguantada una mano y la otra desnuda sosteniendo el guante de piel de Suecia. El retrato pensó el original legarlo, como recuerdo, al Museo de Madrid; después, una acogida cariñosa que dispensaron á la Rattazzi en Amberes, la decidió á cambiar de parecer, y es el Museo de Amberes el que se enriquecerá con este legado, al cual acompaña el busto, en mármol blanco, de la Rattazzi igualmente, obra muy notable del escultor Clesinger.

Llamaba la atención en el boulevard Poissonniere otro retrato, atribuido á Bonnat, hoy perteneciente á la Sra. Viuda de Vilanova, hija de Rattazzi; una Ninfa, estatua de mármol; una cristallera toda de porcelana de Sajonia antigua, auténtica; veladores de Sévres; todo mezclado y confundido con modernos *bibelots* y con muebles que se rompían y que no se arreglaban nunca, y con montones de libros y periódicos que rodaban por todos lados, en bohemio y pintoresco desorden. La pluma de Alfonso Daudet era la única que podía describir aquel interior, uno de los más curiosos de París.

* *

Y ya nada queda, de una existencia tan brillante en su primera mitad, enlazada estrechamente con los sucesos que determinaron la formación del reino de Italia y acaso la caída de Napoleón III. A decir verdad, ya poco quedaba, pero los restos proclamaban las grandezas desvanecidas. La actualidad parisiense, alada y siempre vibrante de impaciencia, ha pasado su dedo de nácar por la casa del boulevard Poissonniere, y es asunto concluido; hasta feneció la Revista, sostenida durante tantos años por la actividad y la tenacidad de la Rattazzi, bajo el seudónimo de *Barón Stock*.

Al substituir al brillo y el ruido al silencio total, frío, de la huesa, las reflexiones filosóficas son tan fáciles, que debemos desdeñar hacerlas. Si se mira bien, ¿qué día no tenemos ocasión y motivo para gloriar los versos á «los infantes de Aragón» y aquellos otros á Itálica? ¿Qué de torres altas hemos visto caer, y no somos aún viejos, si por vejez se entiende el descenso de las fuerzas físicas!

Y la obra literaria de la señora Rattazzi tampoco sobrevive. Devorada por las circunstancias, esparcida en diarios, revistas y folletos, ó en libros publicados por diferentes editores, la posteridad difícilmente se orientará acerca de ella, y dentro de diez años pocos sabrán que la autora de *Portugal á vista de pájaro* fué un aménísimo cronista, un escritor atractivo y picante, un poeta tierno y fino. El ruido de su nombre perjudicó (¡extraño caso!) á su fama y labor literaria, sin permitir que nunca reposase y se consolidase en producción regulada y duradera.

¡Qué arduo es construir, qué laborioso cimentar, y qué presto se lleva el aire memoria, reputaciones, leyendas negras y doradas!

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La venta en subasta pública, en París, de todos los muebles y efectos pertenecientes á la señora viuda de Rute, más conocida por princesa Rattazzi, ha recordado nuevamente el nombre y la historia literaria de esta mujer, de cuyo fallecimiento no se habló mucho, acaso porque coincidió con el de otra mujer eminente é indiscutida: Clemencia Royer, que tradujo y prologó á Darwin, como la *divina Emilia* de Voltaire había traducido y comentado á Newton.

María Leticia Bonaparte Wyse, de la familia imperial francesa, era muy conocida en España, donde contó entre sus amigos á personalidades tan señaladas como la reina Isabel II, el rey Alfonso XII, la reina regente Cristina, Cánovas del Castillo, Castelar y puede decirse que todos los hombres políticos, literatos y poetas que han figurado entre 1875 y 1890. Estaba condecorada con la Orden española de María Luisa; poseía casa abierta en Madrid, y daba continuamente fiestas, comidas y representaciones, cuando venía á pasar aquí temporadas de primavera ó de invierno. Su hermosura fué singular; sus joyas eran célebres, históricas y únicas algunas de ellas, como la famosa sirena obra de Benvenuto Cellini; sus trajes fastuosos y extraordinarios; sus salones se encontraban atestados de riquezas artísticas. Publicaba una Revista difundida por toda Europa, y libros que solían originar encarnizadas polémicas, como el titulado *Portugal á vista de pájaro*. Tenía ingenio, y algunas frases suyas se repiten aún. Fué, en suma, una de esas personalidades de marcadísimo relieve, que no durante un momento, sino toda su vida, preocupan la atención y tienen pendientes de sí la curiosidad, rara vez benévola, del público.

No sería yo quien emprendiese la tarea de escribir la biografía de una señora de la cual no podría hablar con entera imparcialidad, ya que la debí reiteradas y constantes atenciones y obsequios, desde el día en que procuró mi trato con el empeño especial que solía poner en granjearse relaciones de la jerarquía intelectual, y que sólo era comparable á la facilidad con que las perdía en otras esferas más solicitadas por el vulgo que rinde parias al *snobismo*. Nunca he pasado por París, que la directora de las *Matinées* (convertidas luego en *Nouvelle Revue Internationale*, y hoy suspensas al morir la Rattazzi), no me ofreciese, además de los magnos banquetes en que el *menú* llevaba al frente mi retrato y los pla-